

SHELDON, Rose Mary, *Guarding the Caesars. Roman Internal Security under the Flavian Dynasty*, Rowman & Littlefield, Lanham / Boulder / New York / London, 2023, 413 pp. ISBN: 9781538181140.

Fernando Bermejo-Rubio¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfi.37.2024.41813>

Nos hallamos ante la, por el momento, última obra de la coronel del ejército de Estados Unidos Rose Mary Sheldon, profesora durante veinticinco años en el Virginia Military Institute, donde ocupó la cátedra Henry King Burgwyn de historia militar, y actualmente retirada. De esta autora puede decirse sin temor a equivocación o exageración alguna que es la persona que más ha hecho, dentro o fuera del mundo académico, por que la Historia antigua se tome en serio la importancia de las actividades y servicios de inteligencia, y que ha realizado más y mejores contribuciones en este campo, tan crucial y a menudo tan irresponsablemente soslayado por los historiadores de la Antigüedad. Sus monografías *Intelligence Activities in Ancient Rome. Trust the Gods, but Verify* (2005), *Spies of the Bible: Espionage in Israel from the Exodus to the Bar Kokhba Revolt* (2007) o *Ambush! Surprise Attack in Ancient Greek Warfare* (2012) se han convertido ya, y merecidamente, en obras indispensables.

En la estela de sus muchos trabajos anteriores, y en particular de su monografía *Kill Caesar! Assassination in the Early Roman Empire* (2018), *Guarding the Caesars* tiene como objeto las figuras de los tres emperadores de la dinastía flavia desde la perspectiva de la seguridad y las actividades de inteligencia. El punto de partida de Sheldon es la paradoja de que los emperadores romanos, a pesar del inmenso poder que tuvieron y del formidable aparato de seguridad del que podían disponer, fueron a menudo asesinados, mostrándose incapaces de conseguir permanecer a salvo de intrigas. Hasta tal punto es así, que alrededor de tres cuartas partes de los emperadores fueron asesinados, lo cual podría parecer a primera vista contraintuitivo y representa el mayor porcentaje de asesinatos de gobernantes en la historia de una civilización. Además, es incluso posible que los intentos de asesinato hayan sido más frecuentes de lo transmitido, pues cabe pensar que no pocos de ellos puedan haber sido silenciados en las fuentes, por ejemplo debido al interés de presentar el poder como una instancia más sólida y segura de lo que en efecto era, o también porque esas fuentes acostumbran a estar sesgadas en favor del orden senatorial, precisamente el grupo que habría estado más a menudo implicado

1. UNED. C.e.: fbermejo@geo.uned.es; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5626-5428>

en los intentos de sustituir al emperador de turno; en efecto, las amenazas a la vida de los emperadores no procedieron de revolucionarios «populares», sino de quienes aspiraban a convertirse en emperadores en su lugar.

La introducción al volumen expone el problema y aporta algunas claves. La propia naturaleza del principado, que –más allá de la retórica al uso– era una autocracia ligeramente disfrazada, fomentaba por una parte el miedo de los súbditos y por otra la ambición a ocupar el lugar del *princeps*. El creciente control de la clase senatorial, otrora todopoderosa en sus privilegios, por parte de los emperadores provocó la frustración de los miembros de esta, los cuales –máxime al no haber límite temporal para que el emperador ostentase el poder– estarían fácilmente tentados a atentar contra el *princeps*. El hecho de poseer herederos varones aumentaba la probabilidad de permanencia dinástica, pero la tasa de mortalidad infantil (también para los sucesores potenciales del emperador) era alta. La ausencia de un medio regulado de sucesión incrementaba la inestabilidad del Principado. De hecho, puede decirse que el libro de Sheldon está enmarcado en su inicio por la muerte violenta de Nerón y en su final por el asesinato de Domiciano.

Sheldon llama la atención sobre el hecho de que el problema de la seguridad interna va mucho más allá de la existencia de una guardia física, dado que cada emperador disponía de varios millares de guardias pretorianos. La inexistencia, al menos en esta época, de una institución centralizada de inteligencia al modo de una agencia moderna de seguridad es relevante. En todo caso, la seguridad de un emperador era un asunto complejo y delicado, pues exigía lograr no pocos equilibrios: mantener la buena relación con los miembros de la propia familia y los más allegados, conservar la lealtad del ejército y de la guardia pretoriana, tener razonablemente tranquila a la población, llegar a un *modus vivendi* con el Senado en el que sus miembros no se sintieran ninguneados y prevenir las rebeliones en el ámbito provincial. Un fallo en cualquiera de estos ámbitos amenazaba con suscitar movimientos de resistencia susceptibles de desembocar en un atentado a la seguridad.

Los capítulos 1 y 2 analizan el llamado «año de los cuatro emperadores» –el período que comienza con la muerte de Nerón en el 68 y termina con el acceso al poder de Vespasiano en el 69 e.c.– como un período temporal instructivo para ilustrar que tener un servicio de seguridad competente es solo el principio para mantener el gobierno, pues tanto Galba como Otón y Vitelio, al acceder a la púrpura imperial, tuvieron la guardia pretoriana a su disposición y un servicio de inteligencia para protegerles, pero ninguno de ellos reinó más de unos pocos meses. Estos emperadores efímeros fueron asesinados u obligados a cometer suicidio y ninguno de ellos llegó a controlar, en rigor, las riendas del Estado.

El capítulo 3 explica la figura de Tito Flavio Vespasiano como alguien que careció de tendencias tiránicas y que, a pesar de carecer de *auctoritas* –pues no procedía de Roma ni tenía abolengo aristocrático–, fue capaz de controlar los órganos del Estado gracias a contar con colaboradores competentes (Muciano, Marco Antonio Primo, M. Ulpio Trajano, Tiberio Julio Alejandro...), logró mantener su posición

en la corte y utilizó a su hijo mayor Tito, que había sido el vencedor de la Guerra Judía y el conquistador de Jerusalén, para controlar la guardia pretoriana y para solventar el problema de la sucesión, logrando así crear una dinastía, vivir hasta una edad relativamente avanzada y morir de forma natural.

Dado que, con independencia del éxito o la popularidad de un emperador, siempre habría gente procedente del estamento aristocrático que, movida por la envidia o por la ambición, dudaría de su legitimidad y usaría esa excusa para intentar arrebatarle el poder, ello ocurrió también con Vespasiano. El capítulo 4 examina las amenazas a su nuevo régimen, y en especial la conspiración del 79, encabezada por Tito Clodio Eprio Marcelo y Aulo Cecina Alieno para matar al emperador, narrada por Casio Dion sin especificar la fecha pero que al parecer tuvo lugar poco antes de la muerte de Vespasiano.

El capítulo 5 trata la figura de Tito, siguiendo el curso de su breve bienio de gobierno, y analiza los desafíos a los que se enfrentó, argumentando que la dudosa reputación que le acompañó como responsable de la seguridad durante el período de su padre y como responsable de eliminar a enemigos de los Flavios con brutal eficacia le rondaría durante todo su propio gobierno. Sheldon analiza también la muerte repentina de Tito y los rumores (respaldados por la opinión de Casio Dion) relativos a la responsabilidad de Domiciano en ella.

Dado que Domiciano es el miembro de la dinastía que mayores controversias ha suscitado, este emperador es el objeto de la mayor parte del libro, siendo objeto de cinco capítulos. Como a menudo se han efectuado lecturas psicologizantes de este emperador, tan denostado y vilipendiado en las fuentes, en el capítulo 6 Sheldon analiza su vida temprana, intentando encontrar indicios que expliquen su comportamiento, pero evitando juicios psicológicos no susceptibles de ser demostrados. La autora concluye que no existen pruebas que permitan un diagnóstico concerniente a desorden alguno de personalidad.

El capítulo 7 examina los primeros años del gobierno de Domiciano en Roma, poniendo de relieve el carácter competente de un emperador que siguió la estela de su padre, si bien en ciertos aspectos recuperó algunos precedentes julioclaudios. Su eficiencia hizo de la urbe un lugar seguro y próspero, y su vasto programa edilicio dejó una huella permanente en la ciudad de Roma, que cambió de manera sustancial después de que medio centenar de edificios públicos hubieran sido erigidos, restaurados o completados. Su política religiosa, su evergetismo en forma de *congiaria*, su política financiera y monetaria, así como sus relaciones con el Senado son algunos de los aspectos tratados en esta extensa sección.

El capítulo 8 trata la política exterior de Domiciano, quien, a diferencia de su padre y de su hermano, carecía de una reconocida competencia en el ámbito militar. Aun así —o precisamente por ello—, Domiciano fue el primer emperador en pasar una gran parte de su gobierno fuera de Roma, implicado en campañas militares en las fronteras septentrionales del Imperio en los años 82/83, 85/86 y 89. Sheldon observa que el juicio crítico que estas actividades han suscitado a menudo está

pesadamente condicionado por las observaciones negativas de Tácito (Hist. I 2), a las que los descubrimientos epigráficos y arqueológicos pueden y deben servir de contrapeso. A esta luz se dibuja una imagen del emperador según la cual este tomó en serio su responsabilidad como defensor del Imperio, y –a diferencia de lo afirmado con frecuencia– no parece haber buscado la gloria militar con una temeraria política exterior expansionista.

En el capítulo 9 se analizan las amenazas a la seguridad que Domiciano hubo de afrontar, tratando de distinguir las amenazas reales de la hiperestésica paranoia que tan a menudo se le ha atribuido al emperador. Si Domiciano intentó ser un emperador responsable en diversos aspectos –como lo muestran su embellecimiento de Roma, su interés en la administración de las provincias y su activa implicación en la defensa del Imperio, así como sus intentos de congraciarse con la plebe–, la cuestión inevitable es identificar dónde residían los peligros que le acechaban. Aunque Domiciano heredó el aparato de seguridad al servicio de sus predecesores, no tuvo un hijo que le guardara las espaldas, como sí había ocurrido con su padre. La creciente sensación de aislamiento le llevó a detectar la presencia de usurpadores, imaginados o reales, por doquier (como indica su tratamiento de dos prefectos del pretorio en el 95), pero ello significó asimismo un creciente distanciamiento de la elite senatorial. Entre las posibles amenazas sopesadas están las procedentes de la propia familia (Domitia, T. Flavio Sabino) y la revuelta del gobernador de Germania Superior (Lucio Antonio Saturnino) en el 89 –considerada a veces un punto de inflexión en el gobierno del emperador–. Las frecuentes ejecuciones y destierros que Domiciano llevó a cabo, en especial en sus últimos años, con independencia de su nivel de justificación suscitaron una comprensible hostilidad entre las clases a las que pertenecían sus víctimas.

El capítulo 10 constituye uno de los centrales del libro, pues está dedicado al asesinato de Domiciano en septiembre del 96. Sheldon señala las discrepancias entre los relatos de Casio Dion (para quien el asesinato fue resultado de la improvisación) y Suetonio (según el cual se trató de una conspiración organizada). La autora argumenta que, a pesar de que el principal asesino fue el liberto Estéfano y de que el *cubicularius* Partenio parece haber dirigido la operación, algunos de los miembros de su servicio doméstico no fueron con seguridad los únicos implicados, sino que un grupo de aristócratas y senadores debe de haber estado asimismo involucrado, pues únicamente sintiéndose respaldados por individuos con mayor poder se habrían atrevido a atentar contra él. Asimismo, se analiza el posible papel desempeñado por los prefectos de la guardia pretoriana, T. Petronio Segundo y Norbano, así como por Domitia Longina. Sheldon presta también atención a las razones por las que el asesinato habría tenido lugar precisamente en septiembre.

El capítulo 11 examina el posible papel que –más allá de la historia oficial, según la cual el asesinato se habría debido únicamente a la acción de unos siervos de palacio– tuvo el siguiente emperador, Nerva, en lo sucedido. La rapidez con la que Nerva fue proclamado emperador presupone la existencia de una red de

personajes influyentes que habrían manipulado los hilos tras las bambalinas, si bien la identidad de estos personajes solo puede ser objeto de conjetura. Sheldon se refiere a los personajes –senadores, magistrados e importantes funcionarios– que entonces ostentaban poder en Roma, entre los que se hallan el cónsul T. Catio Cesio Frontón y Sexto Julio Frontino (el autor de los *Stratagemata*), pero entre los cuales debe de haber habido un número bastante mayor. El capítulo trata también de las vicisitudes de Nerva y de las circunstancias del acceso de Trajano al poder.

El capítulo 12 («Guarding the Caesars») constituye una suerte de recapitulación en la que la autora reitera algunas ideas, pero añadiendo también varias reflexiones útiles y perspicaces. Entre ellas se encuentra una sobre la necesidad, para el historiador moderno, de distinguir las conspiraciones reales de las teorías de la conspiración como un tema propio de la literatura latina, que proporcionaba historias entretenidas y construyó con cierta regularidad retratos de emperadores en los que estos eran asesinados porque eran individuos locos o particularmente malvados y crueles, de tal modo que su eliminación no era el resultado de la ambición de los asesinos sino un acto de patriotismo y de justicia. Otra tiene como objeto el hecho de que la historia romana está escrita por miembros de las clases poderosas o a su servicio, que es precisamente la misma clase que produjo habitualmente a los conspiradores que atentaron contra los emperadores, lo que permite entender los poderosos intereses ideológicos implicados y la dificultad de interpretación de las fuentes.

El análisis de la política de los flavios permite a Sheldon referirse a un buen número de otros aspectos de la dinastía. Así, por ejemplo, señala que los testimonios de una persecución de los cristianos por parte de Domiciano son precarios; las fuentes que condenan a Domiciano como perseguidor no son contemporáneas, y ninguna fuente pagana atestigua tal actividad, lo que lleva a la autora a concluir que los relatos referidos a ello «son probablemente una fabricación del martirologio cristiano». De modo más genérico, los análisis de Sheldon corroboran las revisiones historiográficas que corrigen la peyorativa imagen tradicional de Domiciano. Al fin y al cabo, tras la muerte de este, los sucesivos emperadores enfatizaron en lo posible los métodos autocráticos del último de los flavios con el fin de aparecer como restauradores de la libertad. No obstante, como señala oportunamente Sheldon, la nueva dinastía fue igualmente intolerante con la oposición, hasta el punto de que Adriano –uno de los denominados «buenos emperadores»– inauguró su gobierno ejecutando a cuatro generales de rango consular.

Entre los diversos aspectos positivos del libro se halla que en él no se tiende generalmente a adoptar una posición determinada sobre cuanto se ignora, sino que se sopesan más bien las distintas hipótesis que han sido barajadas por los estudiosos y se las somete a una argumentada crítica. Dado el lamentable hecho de que la bibliografía en ciertas lenguas ciertamente no menores no suelen ser objeto de atención en la literatura anglófona (*Hispanica non leguntur*), merece la pena señalar que entre las obras consultadas por la autora estadounidense se hallan,

además de otras en alemán, francés e italiano, algunas en lengua castellana, y en particular la monografía de Pilar Fernández Uriel sobre Domiciano, publicada en Signifer en 2016.

Por supuesto, cabe siempre sugerir algunos aspectos que podrían haber sido abordados de un modo más concienzudo. Sheldon señala, con comprensible acierto, que la familia de Vespasiano, no perteneciendo a la tradicional aristocracia romana, tuvo una profunda necesidad de legitimación para justificar su acceso al poder y su permanencia en él. Precisamente aquí se echa de menos un tratamiento –por somero que fuese– del modo en que los flavios parecen haber utilizado su victoria en la Guerra Judía y su toma de Jerusalén, tras una guerra que duró varios años y que exigió la participación de buen número de legiones y *auxilia*, como eficaz instrumento de legitimación, máxime teniendo en cuenta que esa victoria fue reflejada en la acuñación de moneda con la leyenda *Iudaea capta*, y que en esa victoria tanto Vespasiano como su hijo Tito desempeñaron un papel obviamente decisivo. Al respecto habría sido interesante tener en cuenta, por ejemplo, las reflexiones de Fergus Millar, «Last Year in Jerusalem: Monuments of the Jewish War in Rome», en J. Edmondson, S. Mason y J. Rives (eds.), *Flavius Josephus and Flavian Rome*, Oxford University Press, Oxford, 2005, pp. 101-128.

La autora afirma que Tiberio Julio Alejandro, prefecto de Egipto y lugarteniente de Tito en el asedio de Jerusalén, se convirtió en prefecto del pretorio («became Praetorian prefect in the 70s»). Aunque, tal y como el autor de la presente reseña ha argumentado en su estudio preliminar a la traducción de la obra de Viktor Burr sobre la figura de aquel (*Tiberio Julio Alejandro. Un aristócrata judío al servicio de Roma*, Signifer, 2020), esto es perfectamente posible y en principio la lectura más probable del fragmentario P. Hibeh II 215 (CPJ I 418b), se trata sin embargo de una afirmación sujeta a debate, hasta el punto de que tanto el propio Burr como Michel Absil, en su monografía *Les préfets du prétoire d'Auguste à Commode* (De Boccard, 1997), descarta esta posibilidad, omitiendo a Tiberio Julio Alejandro de su lista de prefectos del pretorio. La cuestión habría merecido seguramente una nota.

Cabe preguntarse, finalmente, si la cuestión específica de la seguridad de los emperadores flavios no habría podido ser abordada de un modo mucho más breve que en un libro que tiene una extensión superior a las cuatrocientas páginas. Sin embargo, la opción de la autora de abordar distintos aspectos de los gobiernos de Vespasiano, Tito y Domiciano le ha permitido ofrecer al mundo académico una excelente y actualizada monografía sobre la dinastía flavia, escrito además en un estilo ágil y entretenido que lo hace accesible a un amplio público interesado en la historia de Roma.